

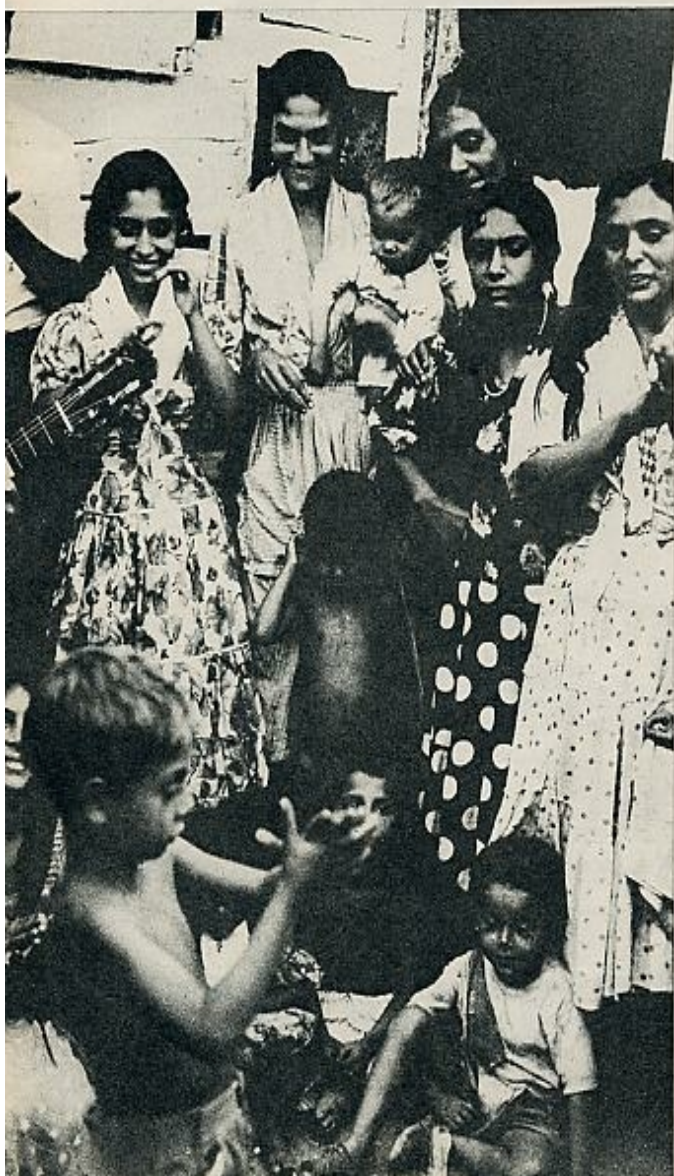
NOSOTROS
LOS
CATALANES

y 6

DOS EPÍLOGO

**Con la
Inmigración,
Barcelona
se ha
convertido
en un centro
del baile
flamenco.**

VOLVIENDO de Montserrat un grupo de amigos nos detuvimos a ver la estatua del Tambor del Bruch que se alza al borde de la carretera. Uno de los que estaban conmigo contó que alguien, al pasar por allí, había dicho: «Si éste, en vez de tocar el tambor, se hubiera tocado las narices, ahora seríamos franceses». Reímos mucho la ocurrencia, y yo conté la historia de un amigo de mi familia que trabajaba en el negociado de Protocolo del Ayuntamiento de Barcelona,

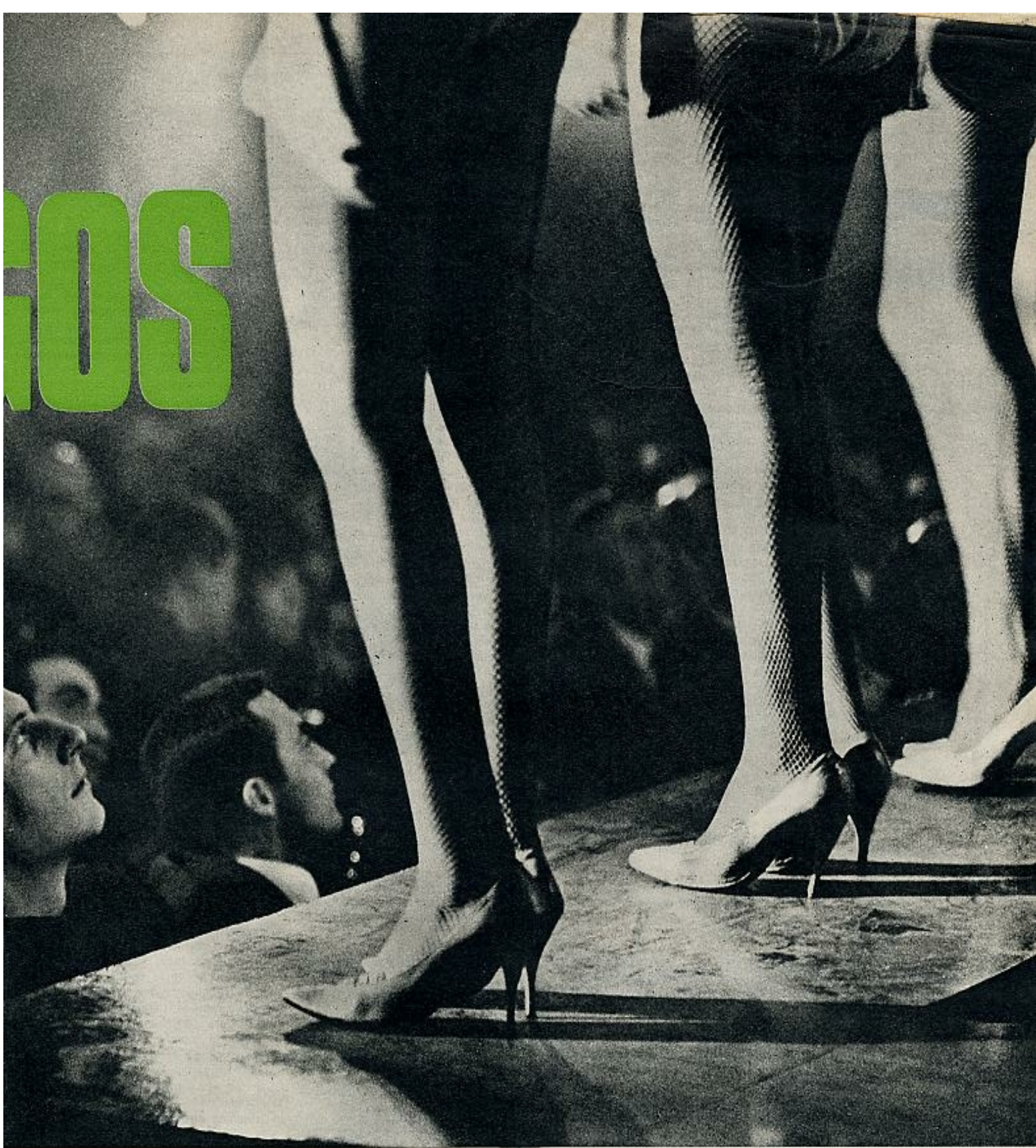


al cual llamábamos en casa Lluís del Braç. Hace muchos años, en época de la monarquía, en un acto oficial que se celebró en el puerto con asistencia de todas las autoridades, un grupo de extremistas catalanes logró que la banda de música, en lugar de tocar la Marcha Real, atacara la partitura de *Els Segadors*. Hubo cierta confusión, pero algunas de las personalidades asistentes, que desconocían el himno, se descubrieron o saludaron. Lluís del Braç estaba detrás de un almirante que se llevó la mano a la gorra. A los pocos compases nuestro amigo se inclinó cortésmente y le dijo al oído: «Almiran-

te, que éste es el himno de cortar cabezas, ¡eh!».

Ha sucedido en nuestra época que muchos de nuestros grandes problemas nacionales se nos han quedado reducidos al nivel de conversaciones de cafetería. Con un vermú o una cerveza y una ración de champiñones al ajillo por delante, los españoles somos capaces de «arreglar el mundo» de una y media a tres de la tarde. No quiere ello decir que nuestros problemas sean menos graves o que hayan recibido algún tipo de solución. Aunque un puñado de hombres heroicos y pacientes se han dedicado a la

LOS



mal retribuida tarea de estudiarlos, sus obras han tenido escasa difusión y la mayor parte de los españoles conoce sólo de oídas su existencia. Nos las hemos arreglado para decretar en todos los aspectos un estado de universal normalidad que ha tenido la virtud de irresponsabilizarnos de algunas de las más graves cuestiones que tenemos planteadas. De esta manera, lo que llamamos opinión pública (con cierto tonillo pretencioso) se limita en muchos casos a un conjunto de tópicos y frases dispersas pronunciadas a la hora del aperitivo. Y no se refiere esto solamente, como pudiera pa-

recer, a la llamada clase popular, que sufre una espectacular falta de documentación, sino que se extiende a todos los estamentos sociales. Por Madrid se cuenta, por ejemplo, la anécdota de un famoso personaje que comentando una cuestión crucial de nuestra vida colectiva decía: «Eso es importante, cómo te diría yo... como de aquí a Lima».

El que por costumbre venimos llamando «problema catalán» —si realmente existe algo que así pueda llamarse— no es una excepción en esta problemática de manga corta que tan alegremente resolvemos. En una tertulia nos encontra-

mos a un señor que dice de pronto: «¡Oiga usted, y qué perra han cogido los catalanes con la cuestión de la lengua!». Nos pasamos la vida escuchando las quejas de los veraneantes de tierra adentro en la costa catalana, los cuales coinciden en afirmar que los catalanes cometen continuamente la incorrección de hablar su lengua o dialecto, o lo que sea —al que habla no le interesa eso—, delante de ellos. Un comerciante de Bilbao se lamenta de que no ha podido nombrar como representante suyo en Cataluña a un muchacho muy majo amigo suyo por la sencilla razón de que no habla ni en-

**"El Molino":
Una gran
tradición
barcelonesa.**

texto:
**LUIS
CARANDELL**

fotos:
XAVIER MISERACHS

NOSOTROS LOS CATALANES

tiende el catalán y, de esa forma, va a hacer allí poca carrera. Nos escribe un señor diciéndonos que Cataluña es nuestro Gibraltar lingüístico y que parece mentira que después de cinco siglos de unidad española todavía se siga hablando semejante «patois» del Sur de Francia. Otro señor aprovecha la oportunidad de hablar con un catalán cualquiera para decirle que, si más no, a él le da mucha pena no poderse entender con la gente dentro de su propio país.

Por todos los indicios nos encontramos con una total incompreensión del problema. De todos los datos que la gente tiene a mano para formarse una opinión el que menos interesa es el que ofrece la realidad cotidiana. La actitud de muchos españoles en este aspecto recuerda a la del topógrafo que antes de reconocer que se había equivocado al trazar un mapa se atrevía a afirmar que era el terreno el que andaba descaminado. La simple voluntad de explicar lo que uno sabe respecto a la cuestión es interpretada como propósito de engañar o de hacer propaganda tendenciosa para alimentar oscuros resentimientos.

Hablamos a la ligera del «problema catalán» buscando soluciones radicales y aportando datos parciales que nos contó un primo nuestro que estuvo por allí y conoce bien aquello, y no nos hemos preguntado nunca si existe realmente el famoso «problema catalán», o si más bien el problema no estará en alguna otra parte. Decir que una minoría lingüística es un «problema» para la nación equivale a desconocer el hecho de que es la nación y su ámbito cultural lo que constituye un problema para los que se encuentran en minoría. El problema no es, por tanto, el que Cataluña plantea al resto de España empeñándose en hablar su idioma, sino el que el resto de España plantea a Cataluña al querer ignorar que su defensa de la lengua no es un mero empujamiento, sino una cuestión vital.

Para aquellos que siempre se movieron en el interior de su propio idioma como pez en el agua no es fácil comprender hasta qué punto resulta inhumano discutir a nadie su derecho a expresarse en el suyo. En las nuevas formas de convivencia que estamos buscando, los españoles tendremos que acostumbrarnos a la idea de que el idioma castellano —por mucho que sea su prestigio— no está solo en esta Península.

EPILOGO PARA CATALANES

Muy pocos son, fuera de Cataluña, los que tienen noticia de la ironía que penetra la vida catalana. En general, se considera más bien al catalán como hombre de pocas palabras, que tiene por costumbre contestar en tono desabrido. No es que no exista un tipo de catalán «de mala pata». Yo mismo recuerdo que, de niño, cuando le preguntaba a mi abuela si había visto a mi hermanito ella solía contestar: «Ves si el tinc a la butxaca». («Mira a ver si lo llevo en el bolsillo».)

El humor, sin embargo, supera con mucho a esta otra vertiente hurfana. Lo que tal vez ocurra es que el humor catalán no tiene mucho que ver con el humor del resto de la Península. El castellano, y concretamente el de Madrid, tiene tendencia a ser humor negro, quevedesco, de una enorme fuerza. El andaluz es más fino. El humor aragonés es aquél de «Me pidió cinco duros; yo no sabía si dáselos o no dáselos, y opté por el término medio y le hinché los morros». El nuestro es otra cosa. Es un humor sencillo y concuyente. Un amigo me contó que había ido a visitar a Llorenç Artigas. Le hicieron pasar a una salita y, al cabo de un cuarto de hora, apareció el ceramista con el guardapolvo sucio de barro y la boina manchada de escayola diciendo mientras se sacudía: «Perdone que le haya hecho esperar, es que me estaba arreglando

un poco». Cuando Salvador Paniker, mientras preparaba sus «Conversaciones en Cataluña», fue a ver a José Pla a su masía de Llofríu, el escritor le dijo: «¿Qué quiere tomar? ¿Café, vino, cerveza, buñuelos? ¿Quiere un cacho de pan?».

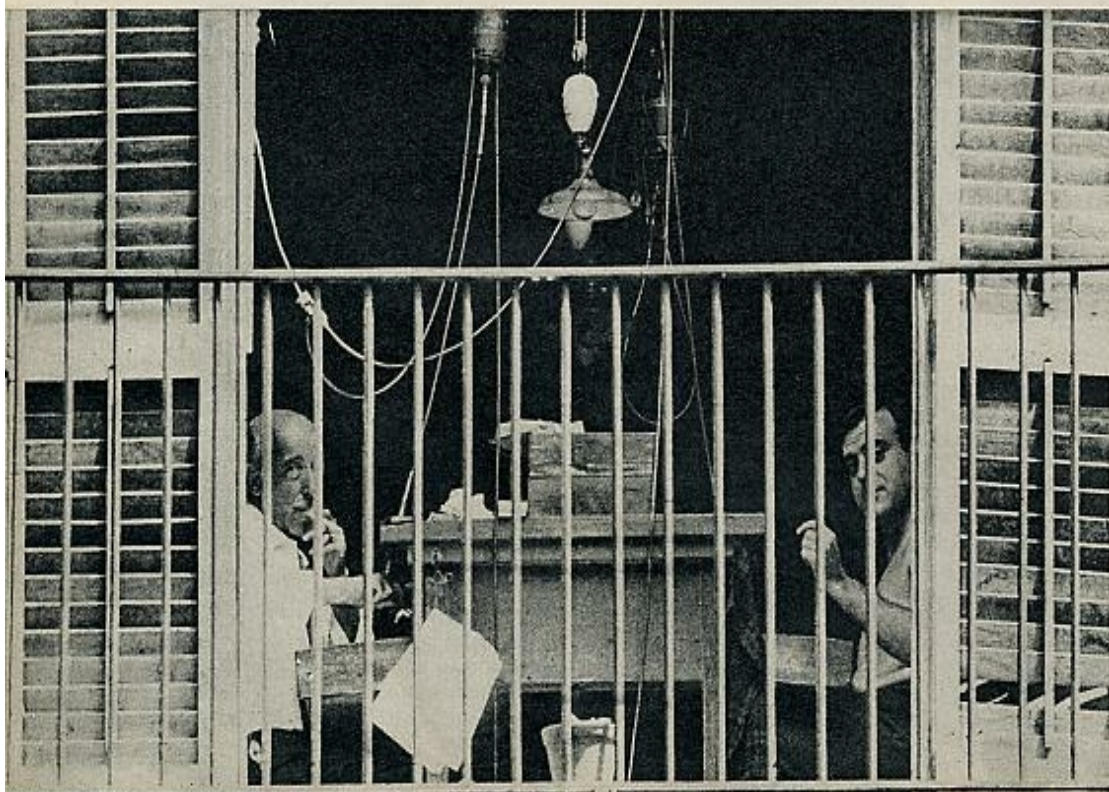
Santiago Rusiñol, el gran clásico del humor catalán, solía contar que había ido a París en carro con su amigo Ramón Casas y que se lo habían pasado de largo. Estas frases, aparentemente tontas, tenían siempre en Rusiñol un sentido profundo. Por aquella época ir a París era el sueño de todo catalán acomodado. Una noche, estando don Santiago con otros amigos en el Círculo del Liceo, leyeron un anuncio de un comerciante que estaba de paso por Barcelona pidiendo un secretario que supiera el Inglés. Rusiñol y otros dos amigos fueron hacia las tres de la madrugada al hotel donde se hospedaba el anunciante, le hicieron levantar de la cama y le dijeron: «Hemos venido para informarle de que ni éste, ni éste, ni yo, hablamos Inglés».

Una de las mejores anécdotas que he oído contar es la de Joan Bautista Solerivicens, escritor y colaborador de la Fundación Bernat Metge, a quien conocí en los últimos años de su vida. Un día —esto era por el año cuarenta y nueve— alguien le preguntó en el café: «¿Y usted, Solerivicens, no va nunca al cine?». «Hace mucho que no voy», contestó él. «¿Por qué —preguntó el otro— no le gusta el cine?». «El cine me gusta —dijo Solerivicens—, pero me molesta el tío aquel que toca el piano durante la película».

El humor catalán tiene el benéfico efecto de neutralizar siempre con una nota de realismo nuestro innegable apasionamiento y entusiasmo lírico. La famosa versión que Josep María de Sagarra daba a la primera estrofa de «L'Emigrant» tuvo el efecto de contrarrestar un cierto catalanismo bucólico que estaba haciendo estragos. Es probable que el tan traído y llevado «seny català» tenga que terminar siendo el resultado de este choque entre el apasionamiento y la ironía. De otro modo no se ve lo que pueda significar en la actualidad el dichoso «seny», detrás del cual suelen parapetarse, más que la verdadera sensatez, el miedo, la bodega, el ánimo de lucro y, sobre todo, una tremenda dosis de aburrimiento. He leído en alguna parte que Carner decía ya que «La paraula seny fa olor de medicina».

Hemos atravesado una época durante la cual han tenido ocasión de consolidarse grandes mitos, tópicos y frases hechas. España, y Cataluña con ella, se nos ha convertido en una tierra ignota con una población desconocida cuyo carácter, en el mejor de los casos, apenas vislumbramos. Ha prevalecido entre nosotros una seriedad un poco tonta, formalista, que no parecía cuadrar a nuestro modo de ser. Nos hemos rodeado de una respetabilidad paradigmática, y hoy día existen personas que tienen un enorme prestigio entre nosotros por el mero hecho de haberse quedado calladas y con los ojos entornados, como en actitud pensativa. Detrás de esa respetabilidad se han parapetado algunos de nuestros peores vicios colectivos. Nos respetamos, pero no nos conocemos, que es lo que

**Cataluña,
un
pueblo
de
artesanos...**





"Un xicot molt simpatic".

en definitiva importa. Una crítica o una simple broma sobre un señor respetable puede ser interpretada en cualquier momento como un insulto a toda la colectividad. Puede suceder que a uno le llamen traidor por el mero hecho de decir que es malo el interior izquierda de un famoso equipo. Si a uno se le ocurre decir en un artículo que ha visto un montón de papeles y basuras en una calle de una ciudad de provincias, las fuerzas vivas se ponen en pie como un solo hombre y presentan documentos justificativos de que la afirmación es falsa y, además, tendenciosa. Toda la ciudad se indigna, pero lo único que nunca se hace es simplemente quitar el montón de basuras de la calle.

En el contexto en que vivimos, Cataluña no es una excepción. Y hay que decir que no solía ser ése su espíritu. Siempre hubo en determinadas clases sociales una cierta tendencia a la ceremoniosidad. Pero estuvo compensada por una suerte de fino humor, aun en los momentos más difíciles y comprometidos. Se cuenta de Albert Llamas, fundador que fue de una de las mejores revistas satíricas que se han editado en este país, «Un tros de paper», que cuando se estaba

¿Por qué cuando dice "Cuba libre" piensa siempre en BACARDI?



Rom
BACARDI

"cuba libre",
"daiquiri",
"bacardi - tonic"

En saneamiento **Roca** crea la línea



Siempre en vanguardia del progreso y con su perfecta técnica, **Roca** crea aparatos llenos de belleza, de luz y de color, soluciones útiles y funcionales para que usted disfrute siempre del mayor confort • Sanitarios de brillantez y finura únicos, fabricados en Porcelana Vitrificada IMPOROSA y, por tanto, esencialmente higiénica; INRAYABLE, con una apariencia siempre nueva; INCUARTEABLE e INATACABLE a los ácidos y lejías, para una larga duración y un brillo y color inalterables • Bañeras de hierro fundido, con recubrimiento de duro y finísimo esmalte porcelánico. De extraordinaria solidez e indeformabilidad para una fácil y rápida colocación; insonoras; isotérmicas; de un brillo y una tersura permanentes y de una absoluta garantía higiénica.



Exija también grifería **Roca**. Un cuarto de baño es auténticamente **Roca**, auténticamente perfecto, cuando la grifería que lo complementa es también auténticamente **Roca**.

Solicito me remitan información sobre saneamiento. COMPAÑIA ROCA-RADIADORES
Rbla. Lluch, 2 - GAVA (Barcelona)

Nombre.....
Calle.....
Población.....
Provincia.....

R-1-11-11

el confort avanza con **Roca**

NOSOTROS LOS CATALANES

muriendo se cogió la mano izquierda con la derecha y se despidió por lo bajo diciendo: «Passi-ho-bé, senyor Llanas». José Pla, que se ha pasado la vida luchando contra todas las formas del dogmatismo, dio en una ocasión una lección de humor catalán muy digna de tenerse en cuenta. Pronunciaba un político un violento discurso anticlerical (uno de aquellos discursos en los cuales el orador solía terminar gritando: «¡Muera la raza latina!»). En un momento dado, cuando el ataque era más encendido, Pla se dirigió a la presidencia y dijo: «Pido la palabra». No le hizo caso el presidente y Pla insistió: «Pido la palabra». Concedida por fin la palabra y cuando el orador interrumpió su filípica, Pla se levantó y dijo sencillamente: «Ya sabíamos que el ilustre orador era anticlerical, pero, francamente, no suponíamos que lo fuera tanto». Y volvió a sentarse.

La amplitud de espíritu que esto supone parece estar en violenta contradicción

con alguna de las peores manifestaciones de dogmatismo que se perciben en la vida catalana actual. Justificado o no, este dogmatismo crea una situación insalubre en la cual no es posible siquiera denunciar los peligros que amenazan cosas muy fundamentales. Encuentran en él su escondrijo gentes que al defender a Cataluña y a su idioma no están defendiendo otra cosa que unos determinados privilegios de clase. La urgente reivindicación lingüística no puede hacer olvidar que existen otras reivindicaciones. La necesidad de la absorción cultural de los inmigrantes no autoriza a cometer injusticias ni a inventar formas de discriminación, tanto más odiosas cuanto que se practican en nombre de altos ideales. El catalanismo, para ser viable, no podrá ser en nuestra época una ideología de aposentados. El catalanismo —que es la forma de patriotismo de esta mitad de España— sólo puede cifrarse en la vieja máxima: «Parlar clar i català».

EPILOGO PARA NO CATALANES

Durante mucho tiempo los españoles conocieron a Cataluña a través de ese personaje que se encontraba uno en todos los trayectos de ferrocarril de la Península, que fumaba puritos y que aprovechaba los inevitables retrasos de los trenes para enseñar a los demás viajeros el muestrario de organdís, o de popelines, o de jabón de tocador, o pasta de dientes que llevaba en una cartera monumental de cuero negro e iniciales doradas. Es cierto que estos hombres —en una época en que viajar de Barcelona a Ciudad Real constituía una heroicidad sólo atenuada por las excelentes tortas de acelte de Alcázar de San Juan— fueron pioneros de la industrialización de España. Pero no lo es menos que llegaron a convertirse en símbolos odiosos de una odiosa diferencia económica entre las regiones españolas. Se contaba entonces el cuento del viajante de comercio que para no suscitar la animadversión de los demás viajeros permanecía en silencio durante todo el viaje. Pero que cinco minutos antes de llegar al tren a su destino, y como dando una explicación del por qué se había quedado callado mientras los demás se repartían amigablemente la tortilla de patatas o la tartera de garbanzos y la bota de vino, decía: «Yo soy catalán, sabe, pero no lo he dicho antes para no darme importancia».

En la mitología ibérica se identificaba al catalán, a todo catalán, con el señor de la cartera. Nadie podía imaginarse hasta qué punto la mayoría de nosotros, los catalanes, incluidos muchos representantes de comercio, compartíamos esa misma antipatía por el señor, por la cartera y por el muestrario que el famoso personaje no dudaba en sacar incluso en las tertulias de café, en las reuniones familiares y en las cenas de antiguos alumnos.

Todo esto quedaba compensado, claro está, por otro mito que, como el primero, tenía también un fondo de verdad, pero esta vez de la mitología catalana. Me refiero a ese personaje de salnete al que se dio en llamar «Don Clodoaldo». «Don Clodoaldo» era el funcionario rabiosamente centralista destinado en Cataluña que profesaba a todo lo catalán un odio sólo comparable al amor que decía tener a España. Y hay que decir que no debía ser ese amor tan grande cuando tenía necesidad de volverse contra una parte integrante, y no pequeña, de la patria que decía amar. Huelga decir que ni todos los políticos de Madrid ni todos los funcionarios ni, mucho menos, todos los españoles no catalanes pensaban como el dichoso «Don Clodoaldo». Sin embargo, en la mente de los catalanes no pudo menos que identificarse su actitud con la de todos los españoles. De esta manera, Cataluña y Castilla, los dos pilares de la unidad nacional, pasaron a sintetizarse en los dos oscuros personajes del vendedor mal educado y del burócrata dogmático. ¡Arreglados estábamos con esta España que dejaba tamañita a la mismísima de la Leyenda Negra!

No es mi misión aquí explicar las causas profundas del catalanismo político, que no era, desde luego, un simple artículo comercial de los burgueses catalanes, como más de una vez se ha oído decir. No trataré tampoco de historiar las vicisitudes que sufrió ni las falsificaciones de que fue objeto dentro de Catalu-



La Guardia Urbana, orgullo de la ciudad.

NOSOTROS LOS CATALANES

ña o la resistencia ciega que encontró en el centralismo español. No es mi cosa. Tengo ante la historia, no puedo remediarme, y especialmente ante la Historia con mayúscula, la actitud de aquel historiador andaluz del pasado siglo que denominaba a la Reconquista con el bonito nombre de «la temporada de los moros». Quiero decir que pienso que cada generación tiene un cierto derecho a reírse de las anteriores y a buscar fórmulas nuevas de convivencia.

Hay, sin embargo, una cosa que quiero decir y que se basa en la enseñanza del pasado y lo es para el futuro. Hubo una época en que, bien sea por la influencia del ya referido «Don Clodoaldo», bien por alguna otra causa que tenía que ver con la historia política de España, se interpretaba todo lo que sucedía en Cataluña —fuera una pastoral de un obispo, una huelga obrera o un chiste de Alady en el Paralelo— como una manifestación de separatismo.

Esta gran palabra tenía el poder de un conjuro para el patriotismo aquel de «la campana y el cañón» aliado con jotas y pasodobles al efecto. Bastaba que el gobierno, cualquier gobierno, anunciara que se había producido en Cataluña un movimiento separatista para que toda España se pusiera en pie como un solo hom-

bre y para que los enemigos políticos del partido en el poder enmudecieran todos a una. Esto fue lo que sucedió durante la Semana Trágica, en 1909, durante el movimiento que estalló con motivo del reclutamiento de tropas para la guerra de Marruecos y que fue de profundo carácter social. El éxito del levantamiento en Cataluña dependía en gran medida del eco que tuviera en el resto de España. El gobierno hizo circular la versión de que se trataba de un movimiento separatista. El entonces ministro de la Gobernación, La Cierva, dice textualmente en sus *Notas de mi vida*: «Confieso que en aquellos momentos no quise negar que tuviera tal carácter, porque un secreto instinto me hacía confiar en que la duda siquiera, en el resto de España, de que el movimiento fuera separatista bastaría para que el patriotismo se impusiera a todas las demás aspiraciones y pasiones». (Citado en J. Benet: «Maragall davant la Setmana Tràgica».)

De esta manera, el fantasma de la desintegración nacional se convertía en el más poderoso aliado de aquella situación en que persistía, como dijo Jaime Vicens Vives, «la inautenticidad de un Estado que se apoyaba en el caciquismo, las casacas de Palacio, la cursilería de Campoamor y una administración deplorable».



**Cataluña:
Nuevas
generaciones.**

Mientras tanto, pocos eran los que se daban cuenta de que con el criterio de tildar de separatista cualquier movimiento que surgiera en Cataluña se estaba trayendo al mundo una nueva y descomunal criatura. Me refiero al separatismo madrileño, hijo del celo patriótico y de las nostalgias de un imperio cultural y lingüístico venido a menos, que no sólo hizo lo posible por alejar a Cataluña de la empresa común, sino que, además, empobreció a Castilla, ignoró a Galicia, se enajenó la amistad del País Vasco y abandonó a Andalucía en manos de un paternalismo chilapeante. Nuestra generación ha encontrado todavía a ese engendro en las opiniones y afirmaciones de gentes en las que, aun en los casos bien intencionados, prevalece la actitud de «Don Clodoaldo». Y ahora, cuando tiene lugar en Cataluña y en Valencia y Baleares un verdadero renacimiento de la cultura catalana que, en sus manifestaciones más autorizadas, no pretende otra cosa que expresar en la propia lengua las inquietudes de una generación de españoles, volverán a oírse, sin duda, esas voces. Se escandalizarán de que propugnemos la difusión de esa cultura nuestra y de que pidamos para ella los necesarios órganos de comunicación y una absoluta igualdad de oportunidades respecto a la lengua oficial. Pero debemos decirles que para nosotros, los catalanes, renunciar a lo que siempre fuimos, abandonar lo poco que nos dejaron ser, constituiría un grave atentado no sólo contra nosotros mismos, sino sobre todo contra esa gran unidad voluntaria de pueblos diversos que España quiso ser siempre. Cataluña no podrá aportar a España nada definitivo hasta que se le reconozca el derecho a hacerlo de buen grado y sin dejar de ser ella misma. Entre tanto, no será suficiente que la política española en relación con Cataluña se base en recitar villancicos de Mossen Cinto Verdaguer, tocar sardanas,



ponerse en el ojal la rosa de San Jordi o repartir cupos de algodón entre los Industriales. La fórmula de la convivencia española, respecto a Cataluña y a cualesquiera otros pueblos de la Península, habrá de buscarse en algo más hondo y más sincero. No quiero terminar sin expresar mi convicción de que somos mayoría, en Cataluña y fuera de ella, los que vivimos con la confianza de encontrar algún día una verdadera patria para todos. Pero, algunas veces, al comprobar que a las puertas del año 2000 estamos discutiendo todavía de cosas que parecen elementales, entra un cierto desaliento y se recuerda sin querer a un famoso político catalán, don Estanislao Figueras, Presidente que fue de la Primera República Española, cuando decía, dirigiéndose a sus ministros, catalanes y no catalanes: «¿Quieren que les diga una cosa? Ya estoy hasta la coronilla de todos nosotros».

LUIS CARANDELL

Neocapitalismo catalán: Ideas avanzadas y traje de etiqueta (Imprescindible).



El limpiabotas adorna su "establecimiento" con las monedas que le dieron los turistas.

FIN DE LA SERIE "NOSOTROS LOS CATALANES"

Cafetera SUPER EXPRES



siempre limpia y brillante

más puro sabor de café



totalmente de acero inoxidable 18/8!

con su novísimo diseño: sin rosca, ¡se cierra y abre tan fácilmente! totalmente desmontable y recambiable - filtro sin poso - capacidad graduable.

Dos tamaños: { pequeño, 3 ó 6 tazas
grande, 6 ó 12 tazas



BRA PRIMERA FIRMA ESPAÑOLA DEL ACERO INOXIDABLE